

Deshonrada – Un crimen de honor en Calabria

Dissonorata – *An honour killing in Calabria*

SAVERIO LA RUINA

RESUMEN: *Deshonrada (Dissonorata)* es la historia de una chica del sur de Italia en una postguerra atenazada por el hambre y por la ignorancia, cuando las mujeres sobrevivían atrapadas en un sistema basado en el abuso, obligadas a vestir de negro, a vivir recluidas, a caminar con la mirada baja, a trabajar como burras, dentro y fuera de casa, sin tener derecho a la educación solamente por ser mujeres y porque estaban destinadas a casarse. La historia de la protagonista forma parte de la intrahistoria: la anhelada boda, el tener que esperar a que se casara su hermana mayor –a la que parece que nadie quiera–, el miedo de que el hombre –elegido, por supuesto, por su padre– se canse, el ceder a los halagos, el embarazo, el intento de sus familiares de matarla quemándola, porque había sido deshonrada y el nacimiento del hijo. Ella, desfigurada y sola con su hijo, tiene todavía la fuerza de sonreírle a la vida.

Palabras clave: *Dissonorata*; Saverio La Ruina; Teatro; Monólogo; Mujeres

Abstract: Dissonorata is the story of a girl from southern Italy in a postwar period gripped by hunger and ignorance when women were ensnared in a web of oppression, forced to dress in black, live secluded, walk with their eyes downcast, work like mules outside and inside the house, with no right to education precisely because they were women and destined for marriage. The girl's story is a small one: a vague marriage, having to wait for her older sister to marry whom no one seems to want, the fear that the man, chosen of course by her father, will tire, giving in to flattery, waiting for a baby, the family's attempt to kill her with fire because she was dishonored, the birth of the baby. She, disfigured and alone with her baby, still has the strength to smile at life.

Keywords: *Dissonorata*; Saverio La Ruina; Theatre; Monologue; Women

¿Qué os puedo decir? En mi cabeza tengo tantas lagunas como si hubiera niebla alrededor de la cabeza. Luego una ráfaga de viento y durante un momento veo algo, que además es casi siempre lo mismo, y luego de nuevo niebla alrededor...

No recuerdo con precisión todas aquellas cosas... porque esa, la memoria, también se ha ido, por los disgustos y por los problemas... ¿Qué puedo decirte? Ha habido tantos momentos horribles. Pero... a veces me acuerdo y a veces no me acuerdo.

A veces pienso: pero ¿cómo es que no me acuerdo de nada? ¿Cómo puedo no recordar cuántos años tenía mi hermana el día que se casó? O de su hijo, ¿qué día nació? Y en cambio me acuerdo de las ovejas, las cabras, el lavadero en el que lavábamos la ropa, el horno en el que cocíamos el pan. Me acuerdo de cuando plantábamos las judías, las patatas, la almorta... Me acuerdo de la terraza desde donde miraba al enamorado, el *Orto all'Uziu*, donde me "asesinó". De estas cosas me acuerdo, del resto, poco o nada. Algunas veces veo un sombrero, un vestido, un bastón y me vuelven a la mente ojos, ojos y más ojos que se mezclan unos con otros. Pero hay cosas que no podré olvidar mientras viva. Hay cosas que recuerdo como si fuera ahora, iguales e idénticas...

Nací mujer y cuando paso por delante de la gente tengo que bajar la cabeza y contar las piedras del suelo. Si me habla alguien, le tiro un zapato a la cabeza y se acabó. Lanzo zapatos para defenderme y luego, de nuevo, con la cabeza agachada vuelvo a contar las piedras del suelo. Si viene alguien y me dice "Oye, vamos a tal sitio", yo empiezo enseguida a tirarle piedras "¿Qué significan estas confianzas? No dejo que nadie sobrepase el límite y no levanto nunca los ojos del suelo porque no se sabe nunca si los levanto y miro a un hombre, qué puede pasar, todos en el pueblo me llaman puta.

Si alguien del barrio, un pariente o quien sea, me ve sola por la calle, sin cabras o sin cerdos cerca, sin un barril o un cesto de huevos en la cabeza, me llaman puta también.

Qué ganas tengo de casarme, así podré mirar el mundo a mi alrededor, entrar en la tienda a comprar azúcar y sal y llevar la alianza y los pendientes.

En el pueblo, de pequeña no te mira nadie, a los catorce, todos, y si a los dieciocho aún no te has casado, los mismos que te miraban, empiezan a burlarse: "La solterona, mira a la solterona". Pero no me puedo casar si mi padre no lo acepta. Antes se tiene que casar la mayor, luego la segunda, la tercera y por último, la más pequeña.

Aparte de Antonio, el mayor, todas somos hijas en nuestra familia. Después de la segunda, mi padre le dijo a mi madre: "ya está bien". Y no le volvió a dirigir la palabra porque había sido ella quien hizo que fuera niña. Que entonces nadie quería niñas, solo niños querían. Cuando nacía un hijo chico era como si hubiera nacido el rey de la casa, le ponían una corona y disparaban al aire con las escopetas de tanta alegría que sentían. Si nacía una niña no. Si nacía una niña era como un luto, una niña era una desgracia, así lo creían. Una niña era una preocupación, no podía salir sola, no podía salir de ninguna manera, tenía que llevar detrás siempre al "guardia civil", tuviera miedo o no, sola no podía salir porque la podía parar alguien por la calle o ella podía también mirar a alguien por la calle. Una chica se tenía que comportar como si no te hubiese visto. Así era para las mujeres entonces.

Yo soy la pequeña, la tercera. María, la mayor, se casó tan tarde que le rezaban a la Virgen cada noche. Con Teresa, la segunda, ni la Virgen pudo hacer nada. Quizás porque es prepotente o quizás porque no reza como se debe, quién sabe por qué ni siquiera la Virgen puede hacer nada, pero si se queda solterona, para ella será una vergüenza y para mí que voy después.

Las mujeres del pueblo tenemos un solo deseo ¡y es encontrar marido! Desde que un joven le preguntó a mi padre por mí, me siento como si me hubiera tocado la lotería. Este joven está justo detrás de la fuente y a veces lo veo desde la terraza si me asomo. Tiene un coche azul celeste, un silbido precioso va siempre vestido de pana, de la cabeza a los pies. ¡Ah! Qué ganas de verlo, pero tengo que estar atenta para que nadie me vea. Así, cuando paso por la calle, con un manojo de ramas sobre la cabeza, le pido a la Virgen: "haz que lo vea, haz que lo vea, haz

que lo vea”. Y con la excusa de tender la ropa en la terraza, todas las mañanas me pongo de vigilante. Tiendo la ropa y doy una mirada, tiendo la ropa y doy una mirada. Pero con la cabeza quieta, solo se mueven los ojos. Que aunque me vean las viejas que están siempre pegadas a las ventanas, ¿cómo saben adónde estoy mirando?

Ah, siento que lo quiero mucho a este joven. Y cuando se va, sueño con los ojos abiertos. Pienso que estamos casados y que por las mañanas le digo adiós con la mano cuando se va de casa. Imagino que luego, por la noche oigo el claxon del coche y en seguida aparece por la calle. Después entra, le quito la chaqueta y le llevo la comida, lo mismo que hacen mi madre, mi abuela y mis tías. Ah, parece que hace cien años que estoy esperando a que nos casemos, cien años que puedo caminar sola por la calle, cien años que puedo llevar el anillo y los pendientes. Y nadie me puede llamar puta, porque yo agacho la cabeza y camino, no le hago caso a nadie, pero esta vez sin contar las piedras del suelo, y en el pueblo no me pueden decir nada porque llevo el anillo en el dedo.

Estos eran mis pensamientos cuando tenía dieciocho años, mientras miraba y suspiraba. Que en realidad, no me acuerdo de cuántos años tenía: dieciocho, diecinueve, veinte...

Y solo cenizas me quedaron en la cabeza, solo cenizas me quedaron en la cabeza desde que el fuego la quemó. Solo cenizas...

Me llamo Pasqualina, soy una chica y vengo de Calabria o, para ser más exactos, soy mitad de Calabria y mitad de Basilicata. ¿O viceversa? Hemos ido y hemos vuelto tantas veces que ya no recuerdo de dónde salimos. Aunque en realidad da lo mismo porque todo es igual: la gente, los animales, el modo de vestir, como es aquí, es allí y las cosas con el tiempo se han mezclado completamente. Aquí o allí es todo lo mismo así que digamos que vengo de un lado o del otro de la montaña del Pollino.

Cuido cabras, ovejas, cerdos, con un trozo de pan en el bolsillo, un trozo de pan bastante seco. A los seis años mi padre me enseñó a cuidar a los corderos, a los ocho me subió de categoría, a las ovejas y a los diez llevé a pastar las vacas. Cuidé las vacas hasta los doce años. Esta es la escuela a la que fui. Esta es la escuela en la que estudié con mi padre, el profesor.

Mi padre. Lo recuerdo como si fuera ayer. Sentado delante del fuego, con el cigarro en la boca y todas las mujeres que estaban siempre a su alrededor. Parecía un rey y alrededor todo el servicio haciendo un círculo. Él en el centro y las mujeres en un círculo: una le preguntaba qué quería de comer, otra se iba corriendo a cocinárselo, otra le llevaba algo de picar... cuando digo que parecía un rey.

Mi padre. Era bajito, no era alto, con la piel oscura y los ojos negros como el carbón. Nunca toqué a mi padre, nunca lo toqué porque tenía miedo de que me abofeteara, y aparte de las bofetadas, no recuerdo si alguna vez me tocó de otra manera.

Mi padre. Me acuerdo de un día como si fuera ayer. Yo llevaba una camiseta de manga corta porque hacía calor. Me viene con el bastón gritando como un loco: “¿Qué haces medio desnuda?”. Me coge por el pelo con una mano, me arrastra a una zona llena de espinas, piedras y ortigas, coge las tijeras grandes para cortar la lana de las ovejas y me lo corta, el pelo, todo todo todo, no quedó nada en la cabeza. Mi cabeza se quedó limpia limpia limpia, lisa, como cuando te tocas la cara. Y cuidado con gritar, llorar o desesperarme, era yo quien me había equivocado: no era decente la camiseta de manga corta. Así funcionaba entonces. Encendíamos una vela a la Virgen cuando papá no nos pegaba.

Me cortó el pelo todo todo todo, quería esconderme donde no pudiera verme nadie, quería desaparecer de la faz de la tierra. Ya estábamos bastante feas con esos vestiditos medio rotos... que además, entonces, los vestidos te los ponías y ya, entonces se usaban esos vestiditos... y te apañabas mejor. Mi madre cogía un par de metros de tela y nos arreglaba un vestido a las chicas: a veces marrón, o verde o azul... Mi madre no, ella solo de negro se vestía. Siempre ropa negra llevaba mi madre. Desde que se murió el abuelo llevaba siempre ropa negra y después murió la abuela y continuó, y luego, que si un pariente suyo, que si uno del marido y

no se quitó el luto hasta que se murió. Pero no era ella sola, eran todas. Se había muerto el marido de la tía Teresina “a Vitala”, por ejemplo, murió en la marina y lo mató un caballo. Lo arrastró un caballo hasta que murió y la tía se hizo incluso las sábanas negras, hasta las sábanas de la cama se las había hecho negras, se las había tintado, se las tintó ella misma, se había tintado las sábanas de negro... Luego soñó con la Virgen, la Virgen del Pollino, que le dijo: “Tía Teresi” le dijo, “si sigues con las sábanas negras en la cama eres una pecadora”. Y luego continuó la Virgen: “Tienes que llevar un corderillo a la Virgen”, soñó, “y te tienes que quitar esas sábanas negras de la cama”. Como tuvo este sueño, la tía Teresina llevó un cordero, se lo llevó a la Virgen y se quitó las sábanas. Pero quitó solo las sábanas, porque la tía Teresa se empeñó en llevar el luto hasta que murió.

No, los vestidos te los ponías y ya, entonces se llevaban esos vestiditos... y te apañabas mejor. Pero lo que sí echábamos de menos eran los zapatos. Nos las arreglábamos, sí, con los zuecos de madera, pero... Que luego los zuecos de madera también te hacían daño, con todos los agujeros que había, arbustos, piedras y espinas. Ah, los zapatos para nosotros eran necesarios, los zapatos para nosotros eran como puede ser ahora, yo qué sé... ¿qué puede ser ahora? Ah, que ahora me acuerdo de una cosa. Durante el verano, mi padre iba a vender al mercado las cosas que plantábamos en el huerto: tomates, patatas, judías y también queso, que yo era quien hacía el queso. Mi padre iba al mercado con un amigo suyo, un amigo que tenía un camión. Que a mí, entonces, me parecía un camión, pero a lo mejor era una de esas camionetas pequeñas, esas de tres ruedas... ¡La furgoneta de tres ruedas! Y cuando se iba a vender al mercado con aquel amigo suyo, papá me llevaba con él. A mí me ponía detrás, en la zona de carga con las lechugas, los tomates, los pepinos... Y aquel viaje para mí era una diversión enorme. Porque veía un mundo completamente diferente: casas tan altas que llegaban al cielo, puentes tan largos que no veías el final, pero era el puente grande, el del hospital, el que me daba miedo, porque no veía la tierra alrededor, me parecía estar como suspendida en el aire, tenía miedo de que de repente nos cayéramos todos: nosotros, la furgoneta, los pepinos, los tomates, las lechugas y todo. Entonces cerraba los ojos fuerte fuerte hasta que aparecían de nuevo las casas, luego las aceras, esas aceras anchas y grandes y las tiendas. Ah, qué bonitos eran los escaparates de aquellas tiendas, me volvía loca por los escaparates de aquellas tiendas, me volvían loca todos los zapatos que había, zapatos tan bonitos que estaban hechos para que los admiraran, pero solo eso, porque en el campo ¿qué hacías con esos zapatos? Con esos zapatos tenías que caminar por las aceras lisas, no por el campo. Pero la emoción más fuerte era cuando veía aquella estatua. Era igualita a las chicas como nosotras, pero igualita igualita. Yo la miraba y me quedaba absorta. Y ella también me miraba y sonreía, cada vez que pasaba me miraba y sonreía, que parecía que estaba contenta de verme llegar al pueblo. En cuanto me acercaba, empezaba a buscarla con la mirada. Y cuando estábamos una frente a la otra, ella me miraba fijamente a los ojos, pero me miraba como una persona que te quiere decir algo, exactamente igual. Y yo sabía lo que quería decirme aquella vez que la vi con la cara oscura oscura, porque la vez anterior habíamos pasado por allí con la furgoneta sin pararnos. Y eso es lo que quería decir: “¿Por qué la primera vez pasaste por delante sin pararte?”. “Eh, bueno”, le dije, “no depende de mí, eso es por la luz roja del semáforo, yo le pido siempre a la Virgen que encienda la luz roja para quedarme aquí a mirarte, pero muchas veces no se enciende, se queda verde”. Incluso cuando no decía nada, yo sabía lo que ella pensaba: “Pero mira esta pobre tonta cómo va vestida” ¿Y cómo debería vestirme, eh, estatua? ¿Qué sabía ella de mí? Yo, como dejaba la ropa por la noche delante de la cama, igual me la ponía por la mañana, pero exactamente igual me la ponía. ¿Qué podía saber ella, si ella llevaba puesto un vestido de novia tan bonito que no se había visto jamás en ningún sitio del mundo, un vestido de novia tan bonito como ese, pero tan bonito que parecía de cuento? Yo me quedaba embobada. La furgoneta pasaba y yo me quedaba mirando, no podía dejar de mirar, nunca me cansaba de mirar. ¡Ah, era tan divertido para mí aquel viaje!

Una sola cosa me molestaba mucho: aquellas chicas que iban medio desnudas, con la falda corta y las piernas al aire, que parecía que decían: “Tú, mírame”. Chicas sin vergüenza, pensaba yo. Iban sin mangas, pero no un poco, sin mangas que se veía todo todo hasta las axilas, pero todo todo tal y como habían venido al mundo. Y esto no era suficiente: llevaban las camisetas con escote y con minifalda. “Medio furcias”, pensaba yo, que si me cruzaba con una, no la miraba, hacía como que no la había visto. No son chicas serias estas, pensaba yo, si no, no se vestirían así. Las que se visten así, desde que el mundo es mundo tienen esa profesión, esa tienen, si no, no se vestirían así. Nosotras íbamos todas tapadas, con la falda larga por debajo de la rodilla y no íbamos sin mangas como ellas, con manga larga, aunque te murieras de calor tenías que llevar manga larga, o también manga tres cuartos. Pobres tontas, se creían que los hombres se les acercaban porque eran guapas. Pobres tontas, no se daban cuenta de que los hombres se les acercaban solo para divertirse con ellas. Los hombres se divertían con ellas y ya está. Pobres tontas que no se daban cuenta, esto pensaba yo, que si me cruzaba con una de ellas, no la miraba y hacía como que no la había visto, que no habría hablado nunca con una de ellas, yo.

Que además, nosotros no hablábamos nunca con nadie, no hablábamos ni siquiera con las chicas de nuestro pueblo, ni entre nosotras, ni con las chicas de nuestro pueblo hablábamos porque nunca teníamos ocasión. Al máximo alguna vez, cuando teníamos visita... o en las bodas. Eso, en las bodas hablábamos, pero no había confianza, no estábamos acostumbradas, éramos como extraños. ¿Qué querías que nos dijéramos? Entonces hablabas, te decías cómo estaba la comida, la novia, si era guapa, si era fea, porque a la novia la envidiábamos todas por igual. Se miraban los pendientes, los zapatos, se miraba a las otras chicas, las chicas que no se habían casado aún, por qué se habían casado, por qué no se habían casado. Luego, las que tenían más maldad decían:

“La solterona, veis a la solterona, ¿no se avergüenza de lo vieja que es y aún no se ha casado?”. Desde que cumplí dieciocho años no he vuelto nunca más a una boda. Esas chicas me daban miedo, me parecía que podrían burlarse de mí como habían hecho antes con las otras. ¿Que no las veía cuando pasaba cómo se daban codazos? ¿No las veía cómo se reían cuando caminaba? Pero un chico le preguntó a mi padre por mí. “Primero le toca a Teresa, la hermana mayor”, le había contestado. Pero había un chico que me quería. Solo que antes de mí estaba ella, estaba Teresa y a ella no la quería nadie. Y no tenía nada que ver que hubiera muchos o pocos hombres en el pueblo, a ella no la quería ninguno y punto, como si no existiera, como si fuera un fantasma. Y yo me desesperaba, pensaba: “Pero ese hombre ¿es posible que esté aún esperando? Y aunque esté esperando, no puede esperar eternamente. ¿No se habrá cansado de esperar durante todo este tiempo? ¿Y si le ha gustado otra chica más joven?”

Que entonces el problema era que los hombres se las elegían cuando aún eran pequeñas las niñas. Nuestro miedo era que al hacernos mayores no nos quisiera nadie. Hasta los dieciocho o los veinte años aún éramos “buenas”, aún había posibilidades, pero luego empezaban las malas lenguas: “Si no se han casado quiere decir que no estaban en lo que tenían que estar, si lo hubieran hecho, se habrían casado”. Que luego, en aquella época había tantas chicas que no se habían casado, pero tantas que nuestro pueblo tenía la fama, lo llamaban el pueblo de las solteronas.

Y tenía una explicación esto, porque en aquella época había habido una guerra, la Segunda Guerra Mundial y todos los hombres se fueron, algunos a Albania o a otros países extranjeros y el pueblo se había quedado desierto. Y después, cuando terminó la guerra, algunos volvieron y otros no. Y por eso las mujeres no se pudieron casar, porque todos los hombres se fueron a la guerra, y luego tampoco pudieron porque cuando los hombres volvieron de la guerra, el cincuenta por ciento o habían muerto o estaban desaparecidos, de una manera o de otra, y el otro cincuenta por ciento, al ver a las chicas más jóvenes, se casaron con las chicas más jóvenes. Y las mayores se quedaron sin ninguna posibilidad de casarse. Entonces esas chicas más

mayores se quedaban solteras y se quedaban en casa, se hacían viejas dentro de casa sin casarse. Y en esa época hubo tantísimas como estas señoritas que se hacían viejas dentro de casa, porque ya no se casaban por falta de hombres. Y a todas estas señoritas que se hacían viejas dentro de casa sin casarse las llamaban solteronas. En nuestro pueblo había tantas solteronas, pero es que había tantas, que no se veía el final por la guerra que había habido. Y de todos los pueblos de alrededor, justo en el nuestro, por todos los muertos que hubo en la guerra, estaba el monumento a los muertos más grande que se había construido hasta entonces. Y todas estas señoritas que se hacían viejas dentro de casa sin casarse, estas solteronas, como las llamábamos, pasaban por delante del monumento, pero pasaban con lágrimas en los ojos por delante del monumento. Al pasar por allí delante, las solteronas lloraban y luego se tragaban todo ese llanto, por la vergüenza de que las viera la gente que había allí. Me acuerdo de que entonces se lloraba mucho más delante del monumento que en el cementerio. Y el dos de noviembre, el día de muertos, había tantas solteronas delante del monumento que parecía que hubiera una asamblea, de tantas solteronas que había. Miraban las estatuas de aquellos hombres fuertes que llevaban los fusiles en mano con tanta soberbia y suspiraban delante de aquellas estatuas, recorriendo con la mirada los nombres de los hombres que estaban escritos, pensando en todo lo bueno que se había perdido en la guerra.

Y he oído suspiros al pasar cerca de esas casas. He oído suspiros a todas las horas del día y especialmente de la noche. Y cuántas veces esta cabeza mía averiada ha pensado que aquel monumento más que por los muertos, lo habían hecho por las vivas, que morían poco a poco haciéndose viejas dentro de casa sin casarse, lo habían hecho por las vivas que parecían más muertas que los muertos en la guerra, que la suya también era una guerra, una guerra silenciosa, sin hombres, sin distracciones. No era fácil para ellas y no habría sido fácil para nadie en su lugar. Una guerra en la que no pasaba nunca nada, una guerra que te mataba sin ni siquiera un disparo. Como aquella solterona, una noche, una noche que el cielo estaba lleno lleno de estrellas que parecía una mina de piedras preciosas, con un frío que te congelaba el alma. Se tiró del balcón, sobre las piedras rotas de la calle, “¡Qué vergüenza para la familia!” decían. Pero ¿qué vergüenza? Y la vergüenza que le dolía a ella en el pecho ¿quién la puede saber? Nadie lo puede saber.

“Virgencita, haz que lo vea, haz que lo vea, haz que lo vea”, le pedía siempre a la Virgen. Y por fin lo vi, de repente, sin avisar. Caminaba con un manojo de heno en la mano y ¡toma!, de repente me lo encontré delante de mí, como una aparición. Tenía el pelo negro negro y liso, los ojos como dos castañas, la chaqueta de color carne y del mismo color que la chaqueta, los zapatos. Ah, era guapo de verdad mi enamorado. Luego tenía esa boca con una sonrisa de medio lado como uno que parece que te quiere tomar el pelo. Nada más lo vi delante de mí, así, de repente como fue, me puse roja como un tomate y tanto me quemaba la cara que la habría metido en el agua fría de la fuente y habría salido humo si lo hubiese hecho. Pero por suerte no tenía la fuente delante, tenía el heno y luego me quemaba aún más la cara. Luego con la cabeza escondida en el heno, no veía nada, pero por lo menos lo oía todo: el silbido alegre, los pasos, el golpe cuando cerró la puerta del coche. El sonido del claxon para que se apartaran las ovejas de delante, etc. Al alejarse el coche, se me empezó a ir la vergüenza, levanté la cabeza y lo seguí con la mirada hasta la curva. Cuando desapareció tras la curva y me quedé sola, solo entonces, en ese momento, me di cuenta de lo fuerte que me palpitaba el corazón en el pecho, tan fuerte que por un momento me asusté. “Ahora se rompe, ahora se rompe”, pensé, y las piernas me temblaban tan fuerte, también, como nunca me habían temblado. “Le quiero, le quiero, le quiero, es lo único que sé, que le quiero, no sé nada más y no quiero saber nada más”. Le tengo que decir que ha de hablar con mi padre en seguida, como un rayo. No me importa nada de Teresa, nosotros no podemos esperar hasta que se case Teresa. Pero ¿cómo hablo con él? Una mujer no habla sola con los hombres, no habla a solas ni tampoco con gente

delante, no habla y punto. Porque ni siquiera lo mira a un hombre una mujer cuando pasa por en medio de la gente, una mujer camina con la cabeza baja y cuenta las piedras del suelo.

Ya no sabía qué hacer, a qué santo encomendarme. Solo desde la terraza, solo con una señal desde la terraza le puedo hablar. Y si esta vez mi padre se da cuenta, seguro que me mata y me deja muerta en el suelo. Pero no puedo esperar a Teresa, no quiero acabar soltera y envejecer dentro de casa sin casarme, no quiero acabar siendo una solterona que suspira todo el día y, sobre todo, toda la noche, no me quiero tirar del balcón a la calle empedrada por el dolor de la vergüenza que llevo en el pecho. Y entonces empiezo noche y día, noche y día, noche y día, subo y bajo de esa terraza, recojo las sábanas, tiendo las sábanas, quito el polvo de la ropa, noche y día, todos los días hasta que él me mire, hasta que me dedique una sonrisa, hasta que él coja y venga a hablarme. Solo entonces, solo cuando venga a hablarme me pasará este miedo que tengo en el pecho, este miedo que me desespera, el miedo de poder ver a otra mujer entrando en su coche.

Arriba en la terraza estoy y espero, estoy y espero una señal. A veces oigo un ruido y por poco no me caigo al suelo muerta del susto, o si no, mi padre, que se da cuenta, me mata y me deja muerta en el suelo. ¿Cuántos años podía tener entonces? Maria, mi hermana mayor, se casó cuando yo tenía dieciocho años. Su hijo, Antonuccio, nació enseguida y podía tener un año. Entonces yo no tenía menos de diecinueve años, veinte años... sí, tenía más o menos veinte años. De repente oigo su silbido alegre. Sacudo la ropa con las manos, la sacudo tan fuerte... como si tuviera que sacudir todo el polvo del mundo. Él me ve, no hace nada y no dice nada, se arregla la gorra y se va. Me ha mirado y esta vez yo también lo he mirado y de nuevo el tembleque, de nuevo el corazón batiendo fuerte. Fue la primera vez que nos miramos el uno al otro, ni siquiera tuvimos tiempo de pestañear, pero si pudiera, subiría y bajaría las montañas bailando como una cabra.

Al día siguiente, me armo de coraje. Visto que vive justo detrás de la fuente, voy a por agua con la vasija. Él está en el coche. Me mira. Me sonrío. Yo paso con la vasija por delante de él. Pienso: “ahora se mueve, ahora se mueve”, pero el coche está quieto, quiere decir que él está quieto dentro del coche y me mira. No me puedo creer que esté mirando, no me puedo creer que me esté mirando a mí, que no está mirando los animales, los árboles, las casas, todo lo que hay alrededor sino que me está mirando a mí. Me alegro de haberme puesto el chal. Con la excusa de que hacía frío a esa de la mañana, me he puesto el chal amarillo que me había hecho la tía Stella para la fiesta de la Virgen del Pollino. Que me gustaba cómo me quedaba el chal, me quedaba muy muy bien. Estaba tan contenta, pero tan contenta de que él me hubiese mirado que la vasija me bailaba en la cabeza.

Y al día siguiente otra vez, cuando fui a recoger los pimientos, llego al *Orto all’Uziu* y me pegué un susto... ¿A quién me encuentro delante de mí? A él. El corazón empieza a latir que no podía pararlo. De nuevo ese tembleque que conozco bien. Miro detrás de mí porque si me ve alguien sola con él, mi vida se ha acabado. Por suerte no hay nadie. Él me mira, me sonrío. Yo es que no puedo ni mirarlo, aunque quisiera, no sería capaz porque me muero de vergüenza. Y aprieto los pepinos que llevo en las manos porque no puedo tener las manos quietas. Me avergüenzo también porque no sé qué decir, él me mira, pero ¿yo qué voy a decirle? Él me mira con esa boca ladeada, así, que parece siempre que te está tomando el pelo. ¡Ah! ¡Es guapísimo mi enamorado! Especialmente con la luz del sol que le ilumina la cara.

“¿Cómo estás?”

“Sentada”.

“Ya lo veo que estás sentada...”.

“¿Yo qué sé cómo estoy?”.

“¿Te lo ha dicho tu padre?”.

“¿Qué tenía que decirme mi padre?”.

“Te tenía que decir una cosa de mí. ¿Por qué? ¿no te lo ha dicho?”.

“Sí que me lo ha dicho. Pero ya ha pasado un año”.

“¿Te quieres casar conmigo?”.

Le habría besado los pies con toda la tierra que llevaban por lo que había dicho.

“Primero le toca a Teresa”.

“¿Qué pasa? ¿Por qué te preocupas?”.

“De mí me preocupo porque si mi padre nos ve, me mata y me deja muerta en el suelo. Y tú también pasarías un mal cuarto de hora si mi padre nos ve”.

Me levanto y me voy. No quiero quedarme a solas con él, no quiero que piense mal. Pero ese momento que he pasado con él ha sido lo más bonito que he vivido en mi vida. No me había sentido nunca así. Ni siquiera conocía las palabras para expresar cómo me sentía. No había ido a la escuela yo para decir cómo se llamaba esa cosa que sentía, no lo sabía. Solo sabía que el mundo a mi alrededor ya no era el mismo, pero tampoco era diferente porque seguía siendo el mismo mundo, seguía siendo igual solo que yo ya no lo veía de la misma manera. Pero no era el mundo el que había cambiado, eran mis ojos los que habían cambiado. No sabía cómo podía explicar esta cosa yo al no conocer las palabras para explicarla. Solo podía decir que el mundo me gustaba, solo podía decir que era la primera vez en mi vida que el mundo me gustaba, que me sentía bien, nunca me había sentido tan bien. Y bailaba sobre la hierba como no había bailado desde que nació. Antes de hoy no sabía decir ni siquiera si lo que hacía era bueno o malo, lo hacía y punto: iba a pastar con las ovejas porque mi padre me decía que llevara a pastar las ovejas, iba al huerto porque mi padre me decía que fuera al huerto, estaba en casa porque mi padre me decía que estuviera en casa, comía cuando tenía hambre, bebía cuando tenía sed, tenía miedo cuando me equivocaba, tenía miedo... siempre. Ni siquiera sabía decir si yo era guapa o fea, si mi cara era bonita o fea. Nunca antes lo había pensado. Y tampoco habría sabido decir antes si el mundo me gustaba o no me gustaba. Solo sabía que ahora el mundo era una cosa especial, solo sabía que ahora lo miraba y me hacía reír, lo miraba y me hacía llorar, lo miraba y no tenía hambre, no tenía sed, me sentía ligera. Bailaba y me sentía ligera, sin peso, sin carne. No me cansaba nunca. Bailaba y no me cansaba nunca. Bailaba y tenía más fuerza que antes. Bailaba, bailaba, bailaba y me sentía en otro mundo.

Durante los días siguientes, parecía que el tiempo no pasara. Pasaron dos días que parecían meses. Por la tarde y por la mañana subo y bajo de esa terraza, pero nada, no lo veo, silbidos no oigo. En el *Orto all'Uziu* espero hasta lo más tarde que puedo, pero a menudo, él no llega. Alguna vez me silba y luego lo espero, pero no viene. Me entra un fuerte sentimiento de melancolía esos días, no tengo ganas de hacer nada. “¿Pero si estaba tan bien! ¿Dónde ha acabado toda la alegría que tenía?”, pensaba yo, y no entendía nada. Pero al día siguiente me lo encontré delante de mí en el *Orto all'Uziu*, de repente, como siempre.

“¿Por qué no viniste ayer?”.

“Sí que vine”.

“¿Y dónde estabas?”.

“Dentro del pozo. Tenía que comprobar que no veías a otros hombres”.

“¿Aún necesitas más pruebas para convencerte? Yo no le hago caso a nadie, yo sigo mi camino, con la cabeza baja contando las piedras del suelo y si alguien me habla, le tiro una piedra a la cabeza y punto. ¿De qué te tienes que convencer?”.

Luego se sienta a mi lado, pero muy cerca esta vez. Yo no sé qué hacer, o qué no hacer y... y miro las nubes en el cielo. Siento que me toma la cabeza entre sus manos, se acerca y me da un beso, pero no un beso como los de mi tía, aquí, en la mejilla, me da un beso en la boca. Reaccioné de repente y me tiré hacia atrás.

“Ahora no, ahora no”, dije.

Y él:

“Ahora me tengo que ir que tengo que hacer una cosa. Tú no hagas nada, espera el silbido. Pero aquí no, nos vemos detrás de la bajadita, después del cerezo”.

Como llegó, se fue. Yo me quedé extasiada. Me ha besado, pensé. Yo ni siquiera sabía lo que era un beso. No sabía cómo se besaba la gente. No sabía que un beso te hacía sentir así... Es demasiado, demasiado...

Nadie sabe que me veo con un hombre, pero sé que si cometo algún error y alguien del pueblo se entera, mi vida se ha acabado. Así que nos ponemos de acuerdo: si silba quiere decir que nos vemos, si no silba, que no nos vemos. Esta mañana ha silbado más fuerte de lo habitual: eso quiere decir que nos vemos. Pero esa tarde, en el *Orto all'Uziu*, no me siento como las otras veces, no es que no sienta el corazón que palpita fuerte o el tembleque en las piernas, que ese tembleque lo siento siempre, pero esa tarde no me siento como las otras veces, me siento diferente, me siento como si a él no le bastara solo besarme y yo no me siento capaz de decirle que no, no me siento capaz de evitarlo si él se enfada. Él lo sabe que no me tiene que tocar, que no me tiene que tocar hasta que estemos casados. Pero ¿qué hago sola con él en el *Orto all'Uziu*?

Esperaba que llegara por abajo y él llegaba por arriba. Cada vez que lo veo me olvido de todo, porque es guapísimo mi enamorado, y no lo había visto nunca tan guapo como hoy, con los pantalones como se llevan ahora, de pana con la raya, una camisa blanca toda abierta por delante, por donde se ve todo el pelo que tiene en el pecho, ¡Ah! Es guapísimo mi enamorado y no lo había visto nunca tan guapo. Nunca lo había visto tan guapo como hoy a mi enamorado. Y no quiero pensar en nada más. Nunca lo había visto tan guapo como hoy a mi enamorado y no quiero pensar en nada más. No quiero que se enfade.

Él me coge, me pone una mano en el pecho, pero yo me siento... no me siento bien, no me siento adecuada, no me siento adecuada por las cosas que está haciendo conmigo, porque yo no sé lo que pueden hacer las mujeres con los hombres, no he visto nunca lo que hace mi madre con mi padre, solo sé que mi padre le grita cuando se equivoca y le grita también cuando no se equivoca, solo sé que mi padre no ha hecho nunca las cosas que está haciendo él conmigo, solo sé que no me sentía adecuada ese día sola con él en el *Orto all'Uziu* en medio de las ovejas. Y le digo que pare, le pongo una mano en el pecho y le digo que pare. Lo miro, pero sus ojos ya no son como dos castañas, son como dos espinas punzantes. Y su boca también ha cambiado, ya no es la boca ladeada de cuando parecía que me quería tomar el pelo, ahora está toda cerrada y apretada, es toda... una piedra. Lo miro. Y él también me mira, pero me mira enfadado:

“¿Por qué te apartas?”.

Yo tengo miedo de que se enfade y se vaya, tengo miedo de que me deje ahí en medio con las ovejas, tengo miedo de que me deje y acabe quedándome en casa envejeciendo sola sin casarme. Y es guapísimo mi enamorado. Y no lo había visto nunca tan guapo, no lo había visto nunca tan guapo como hoy a mi enamorado. Y no quiero pensar en nada más. No lo había visto nunca nunca tan guapo como hoy a mi enamorado y no quiero pensar en nada más. No quiero que se enfade...

Ya no estoy intacta como antes y si no estoy intacta, estoy rota. La sangre cae entre mis piernas, me parece una cosa horrible y él ni me mira. Y cuando me mira pone cara de sorprendido. ¿Por qué? ¿No se esperaba ver esa sangre? ¿Qué se creía? No me siento bien, no me siento adecuada, no tengo ni siquiera la fuerza de mirarlo a los ojos. Y miro al suelo. Otra vez el destino: con la cabeza agachada contando las piedras del suelo. Luego una mano me coge y me levanta la cabeza:

“Te quiero. Pasqualina”.

“Yo también, yo también, yo también”, le digo de nuevo contenta. “Yo también te quiero, pero tanto que no te puedo explicar lo que siento por ti. Es una felicidad que llena toda mi persona, dentro y fuera, alma y cuerpo...”.

¡Qué emoción no entender qué te pasa! Y la verdad es que no había entendido nada. No había entendido que me había dicho “te quiero” por no decir “gracias, muchas gracias”. Gracias porque había hecho que se sintiera grande, porque le había hecho sentir guapo, gracias porque esta pobre idiota había sacrificado su vida por él, porque si me encontraba mi padre aquí me mataba y me dejaba muerta en el suelo. Gracias porque había hecho que se sintiera como un rey. Por eso había dicho “te quiero”, por no decir “gracias, muchas gracias”.

“Yo también, yo también, yo también”, le digo de nuevo contenta “pero si no te casas conmigo tú, nadie se casará conmigo”.

“Pues nos casamos”, dice él. “No te preocupes que nos casamos. Nos casamos”, decía mientras se iba. “Nos casamos, nos casamos”.

Y desapareció. Me limpié un poco la hierba. Entre las piernas me dolía más que nunca. Caminaba como atontada: “¿Qué he hecho? Ya no soy como antes, ya no estoy intacta, ya no soy nada”.

Aquella noche no pegué ojo. Ahora que ha obtenido lo que quería, ya no estoy tranquila. No sé qué hacer. Tengo miedo si lo hacemos, pero también si no lo hacemos, porque si lo hacemos es como si a él ya no le importara nada más y si no lo hacemos entra en cólera. Por lo tanto lo hacemos. La segunda vez. Y me vuelve a hacer daño. Pero no me importa lo que haga con mi cuerpo, solo pienso en que él está conmigo, pienso que él está aquí. No me importa lo que haga con mi cuerpo, no siento lo que hace con mi cuerpo, porque él no está en mi cuerpo, está en mi cabeza, en los pensamientos y en el alma y tengo miedo porque del cuerpo lo coges y te lo sacas, pero del alma no lo puedes coger, coges solo aire...

Pasaron diez días que me parecieron cien. Y lo volvimos a hacer, por tercera vez lo hicimos.

“Pero ahora tenemos que esperar”, me dice, “si no, la gente se da cuenta. Te silbo cuando sea el momento. Tú espera el silbido, espera, espera, espera, espera el silbido”.

Hace quince días que espero el silbido. Ya hace un mes que no estoy intacta. Si no lo veo, los días se hacen eternos: a veces parece que vaya a llegar y otras no. Muchas veces parece él y luego no es. En el *Orto all’Uziu* no me encuentro bien, pienso que será por el calor, pero cuando comemos, es el olor del frito lo que me hace estar mal. Cualquier cosa me pone nerviosa. Lloro por nada. La garganta está tan estrecha que no puedo ni tragar aire. No tengo ganas de lavar, de cocinar, no tengo ganas de hacer nada. Todo mi cuerpo está cambiando. Así que no dejo que nadie me vea: voy al establo, llevo el ganado a pacer, me invento una cosa cada día y ¡ay! no sé qué inventarme. Ya no recuerdo el día de la menstruación, el día exacto. Él sale de casa por la mañana con una prisa que parece que lo persigan, sale con el coche y deja solo el polvo tras él. Tras él, solo el polvo queda, solo el polvo, solo el polvo...

Ya hace un mes que no lo veo, aparte de por las mañanas. Y siempre con esa prisa que parece que lo persiguen. Me tiraría de la terraza para que se girara a mirarme. Que tengo que hablar con él, yo. Que hasta los veinte años, solo he pensado en el trabajo. Llega la noche y lavo la ropa y tiendo hasta que él llegue. Le lanzo una piedra, luego otra y otra más, hasta que me mira. “Quiero verte, ahora mismo, en el *Orto all’Uziu*, le digo. Me voy corriendo al *Orto all’Uziu* por el camino más largo. Él ya está allí y me abraza. Me empuja sobre la hierba. Toca aprieta abraza hace dice. Y le hago parar, le pongo una mano en el pecho y le hago parar.

“Tengo que decirte una cosa”.

“Dímela después”, dice él tirando del brazo.

“¿Por qué? ¿No te la puedo decir ahora?”.

“Es que cuando te veo no puedo quedarme quieto”, dice él apretándose el pecho.

“Lo he hecho por amor, lo hice por tu amor tres veces y esta vez quiero solo hablar...”.

Pero él no para, y vuelve a tocar apretar abrazar hacer decir.

“No me ha venido”.

Ahora sí que se para, cambia de color, no hace nada, no toca no aprieta no abraza no hace no dice, ahora sí que se le han pasado las ganas de hacer de todo. Él no habla y yo espero, espero hasta que hable.

“Pues nos casamos”, dice él, “no te preocupes que nos casamos. Nos casamos.”, decía mientras se iba, “nos casamos, nos casamos”.

“Pero nos casamos de verdad”, digo yo cogiéndolo de los pies, “y nos casamos pronto”, digo yo apretándole los pies, “han pasado más de dos meses, ¿qué le digo a mi padre ahora que se ve la pancha?”.

De nuevo él no habla y de nuevo yo espero y de nuevo yo espero hasta que hable.

“Vale”, dice él, “mañana hablo con tu padre, mañana voy y hablamos, mañana voy y lo hablamos, lo hablamos, lo hablamos”.

Y se fue. El día siguiente me lo paso yendo y viniendo, lavo la ropa, preparo la comida, subo y bajo todo el día, como un burro, hasta que se hace de noche, pero él, nada. Antes de acostarme subo a la terraza, y nada. Me meto en la cama y me quedo escuchando atenta cualquier ruido, pero nada. No puedo estar en la cama, subo de nuevo a la terraza, y nada. Y lloro. Desde el cielo las estrellas escuchan mi llanto, pero no ven lo que hago. Les tapa los ojos una nube. En la oscuridad de la noche, con la piedra más grande que hay me pego en el estómago, cada vez más fuerte hasta que empiezo a sangrar, pero es otra sangre, la sangre de la herida, la sangre de la locura. Me tiene que perdonar mi hijo, no era consciente de todo el peso que llevaba en el vientre.

Vuelvo a la cama, pero no me duermo, todo el rato con la misma canción que se repite en mi cabeza: “¿Viene mañana? ¿Y si no viene? ¿Y qué hago si no viene? ¿Qué hago con mi vida si no viene?”. Toda la noche con esta canción y a la mañana siguiente, nada, y la noche siguiente, otra vez nada y así todos los días posteriores. Me arrepiento, pero ya es demasiado tarde. Ya no tengo ninguna esperanza, se ha terminado, lo he perdido todo. Solo el polvo de la calle me queda. Y este peso en el vientre. ¿Quién me puede ayudar? ¿Con quién puedo hablar?

Hace tres meses que no lo veo, tres meses. Me voy con mi madre a cortar el acebo.

“¿Están los Chotacabras?”, dice el que trae las cartas.

“No están, han salido”, dice mi madre, “pero si quieres, la carta se la doy yo”, dice mi madre.

“Pues dásela tú”, dice aquel, “es una carta del hijo”.

“Adiós”.

“Adiós”.

Es una carta de América, la conozco, lleva alrededor esas rayas rojas y azules, la conocen todos en el pueblo porque hay muchas en el pueblo.

“¿Es una carta de América?”, le digo a mi madre.

“Sí, es una carta de América”, dice mi madre, “si la ha escrito el hijo de los Chotacabras será seguro una carta de América, porque allí es donde se ha ido el hijo, hace tres meses que se fue”.

Y me caigo al suelo. Escucho esas palabras y me caigo al suelo desmayada.

Se dieron cuenta de que estaba de cuatro meses. Pues sí, estaba de cuatro o cinco meses. Y además me dolía, me desmayaba, me caía, estuviera donde estuviera. A lo mejor era más la rabia que el efecto del embarazo, pero me desmayaba, me caía y se dieron cuenta. Cuando

empecé a no encontrarme bien, mis padres se dieron cuenta. Y luego, con el tiempo, empezó a notarse. Al principio intenté esconderlo, pero luego ¿qué podía hacer? Cuando la pancha se empezó a ver, ya no podía hacer nada, Me dije: de perdidos al río.

“¿Te ha crecido la pancha?”, me dice mi padre mientras le doy de comer a los conejos.

“Pero ¿qué dices, papá?”.

“¿Que no lo veo que te ha crecido la pancha? Pero son cosas de mujeres. Espera que ahora viene tu madre.

Se acababa de ir mi padre y llegó mi madre. Empieza a girar a mi alrededor como un cuervo negro.

“No he visto los trapos manchados”.

“Los he lavado”.

“¿Cuándo los has lavado?”.

“Anteayer”.

“A partir de ahora llevaré yo la cuenta de los días”.

“Sí, lleva tú la cuenta de los días...”.

Pero ellos ya lo sabían, se habían dado cuenta, no necesitaban pruebas. Mi hermano no me dirigía la palabra, ni me miraba, que si no me apartaba yo, él andaba y nos chocábamos porque hacía como que no me veía. Mi madre era la que era, pero me sorprendió muchísimo mi hermana mayor porque me evitaba de una manera que ni que tuviera la peste. Teresa mi hermana pequeña, no sabía qué hacer, cómo se tenía que comportar, cuándo me tenía que hablar y cuándo no. Ya sé que no está bien lo que he hecho, nunca está bien, pero hoy arreglo las cosas, hoy se arreglan las cosas, así que nosotros... ¡teníamos que morir!

Hoy ha venido hasta mi cuñado, el marido de mi hermana mayor. Se han encerrado en el dormitorio, hablan, hablan, hablan, dicen: “Tú no, tú no te puedes quedar, no es asunto tuyo”. Mientras hablan, pongo a hervir las patatas, luego las pelo, y las pongo en la mesa, así cuando terminen nos las comemos, o se las comen ellos. Me acerco a la puerta para preguntarles qué quieren con las patatas y oigo a mi padre que dice:

“Uno lo tiene que hacer, uno solo lo tiene que hacer”.

“Lo hago yo”, dice mi cuñado.

“No”, dice Antonio mi hermano, “uno de la familia lo tiene que hacer, lo hago yo. Pero no tiene que quedarse nadie”.

“Entonces nosotros nos vamos al pueblo” dice mi madre.

“Sí, vosotros os vais al pueblo”, dice Antonio.

“¿Qué os hago con las patatas?”, digo yo.

Todos se callan, todos me miran, con la cara sorprendida como si no me hubieran visto nunca. Pasan unos segundos, que parecen horas, me dan miedo. Luego a Antonio se le escapa la risa: “¿Por qué no nos haces corteza de cerdo con las patatas?”, me dice, “que eso te gusta a ti también”. “No, yo no quiero, yo no tengo hambre, lo hago para vosotros”, respondo y me voy.

Pero me gustó que Antonio pensara en mí, que hubiera pensado en comer una cosa que me gustara a mí también. Fue la primera vez que hizo algo por mí y esos días era la primera vez que alguien sonreía.

Ese día, por primera vez, yo no era solo un fantasma. Quizás las cosas se arreglan.

Al día siguiente no había nadie en casa. Mi madre y mi padre se habían ido al pueblo. Teresa, a recoger leña con el asno. Yo estaba cociendo el pan en el horno. Hace ya cinco meses que no estoy intacta. Siento una cosa que se mueve en el vientre. Me asusto. No sé qué hacer. Esta vez enloquezco del todo.

“¿Te duele la pancha?”, me dice Antonio y me asusto de nuevo.

“Me he pegado contra la pata del horno”, digo yo.

“Ah, que la pata del horno se tenía que arreglar”, dice él “¿Y sabes por qué te has chocado con la pata del horno? Porque la pancha es más grande que la habitación”.

Y se pone a reír, el mismo tipo de risa que ayer. Y luego dice:

“No te enfades que ahora me ocupo yo de tí”.

Repite la misma risa de ayer, dice que él es el que se va a ocupar ahora de mí y ahora es a mí a quien le entra la risa.

Intenta encender el cigarro. Le acerco el carbón con las pinzas y mientras yo iba a tirarlo, pienso que igual las cosas se arreglan, quizás, finalmente las cosas se arreglan.

Aún no había terminado de reír que siento un agua fría que me cae en la cabeza. Pero no es agua. Es un líquido maloliente, como lo que usamos para la luz. Ni siquiera había pensado en el petróleo cuando empecé a arder, me transformé en una llama, ardía toda, toda, toda, piernas, brazos, hombros, pecho, todo. Intento esconderme con los brazos delante, pero el fuego pasa igual, quema la cara, quema el pelo. Siento el olor del petróleo que me está quemando la garganta. Le grito a mi hermano que haga algo, que se mueva, que me estoy muriendo, pero él no contesta. Veo una sombra quieta delante de mí con una botella en la mano y no puedo creer lo que estoy viendo. Es un sueño, es una pesadilla. Busco la puerta. Él intenta cerrarla. Doy un salto y salgo antes de que la cierre, que no se lo esperaba un salto así, pero es el miedo el que me hace correr, correr hasta traspasar la valla, y salgo a la calle, con el vestido que estaba ardiendo y también el pelo, la piel, toda la persona que se estaba quemando, toda la persona que ardía, que se freía como la carne asada. Y olía mal, igual que la carne asada. Me cogí por las rodillas. Doblé la cabeza sobre el pecho. Me doblé todo lo que pude, apretada. Después llegó la gente. Me llevaron a la fuente. Sentí el agua fría encima y me podía haber muerto, que no habría imaginado nunca un dolor así. Y luego me desmayé, después no sentí nada más, solo recuerdo el ruido de la máquina sobre las zanjas de la calle.

Y cuando me desperté me encontré en una cama de hospital, con la cabeza inclinada, así, como cuando me desmayé delante de la fuente, que no podía levantar la cabeza, que tenía la barbilla pegada al pecho, que parecía que me habían pegado la barbilla al pecho. Sentía dolor por todas partes: manos, piernas, pecho, cara, todo. La enfermera me daba miedo, con esa cara de amargada. Ni siquiera me miraba. Me quitó los trozos de carne negra de encima, como cuando cueces las patatas y luego tiras la piel. Me tiraba encima las gasas como cuando tiras la leña al fuego. Yo grito con todo el aire que tengo en el cuerpo, pero ella se va y hace como que no me oye, por ella podría morirme. Y sé lo que piensa: “Esta zorra, si la hubiesen matado, habrían hecho bien, así aprendía a estar con los hombres antes de casarse”. No lo dice con palabras, pero lo dice con los ojos. Si por ella fuera, podría morirme. Y yo también querría morirme, por la vergüenza, por los dolores, por mi mala suerte. Hay un hombre vestido de blanco, creo que es médico, dice dice dice, pero yo no entiendo lo que dice. Y luego está siempre con esa enfermera al lado, “Corazón crudo”, y para “Corazón crudo” yo no existo. En la cama estoy intranquila, me ponga como me ponga me hago daño: bocabajo, bocarriba, por todas partes tengo heridas. ¿Cómo quieres dormir en estas condiciones? ¿Cómo se puede dormir con la barbilla pegada al pecho?

Un momento que me había calmado y “Corazón crudo” me lleva al baño. Dice que huelo tan mal que se le revuelve el estómago. Abre la ducha y miles de agujas me caen encima, agujas con más punta que las flechas. Flechas que entran dentro de mi carne, carne sin piel, carne viva, que solo San Sebastián me puede entender, solo él puede entender mi martirio. El agua levanta la piel, la carne, se lo lleva todo, toda mi vida hasta que no soy más que un montón de ceniza y sangre. Estoy muriendo de dolor, pero “Corazón crudo” aún no está contenta, aún no se va. Gira a mi alrededor como un cuervo negro preparado para lanzarse sobre su víctima. Hace un

gesto de disgusto con la boca. ¿No le gusta la carne asada? ¿O es que no está en su punto? Pero luego abre la boca, ese pico grande y largo y al final se me traga.

De repente todo se hace oscuro, todo todo todo oscuro. No oigo nada. Solo una paz tan grande que después de tanto sufrimiento ¿quién se esperaba una paz así? Y no era solo la paz, era todo, como el sueño más bonito de mi vida. Me daban de comer sin tener que cocinar, me daban de beber sin tener que ir a por agua a la fuente. Dormía siempre en la paz de los ángeles. Nadie me gritaba. Solo decían: “come, bebe, duerme, descansa”. Seguro que estaba en el paraíso. Y si había ido al paraíso era porque había sido buena. Entonces no había hecho esas cosas malas que decían ellos, que si no, no me habrían dejado entrar en el paraíso, que el paraíso no es San Severino o Castrovillari, no es que pasas la montaña y llegas al paraíso, con los ángeles, que su profesión es ser ángeles, porque hacían lo que tenían que hacer, que con Jesús no te puedes esconder, con Jesús no te puedes equivocar. Y el ángel que me cuidaba, él también sabía que nadie se podía equivocar.

Que este ángel que estaba cuidándome tenía la misma cara que la tía Estrella, pero igual igual. Y yo se lo decía siempre al ángel:

“Tú tienes la misma cara que mi tía Estrella, una tía mía que se llama Estrella como las estrellas que están en el cielo, tú tienes la misma cara, exactamente igual”.

Y un día que el ángel no podía más me dijo que él no tenía la misma cara de la tía Estrella, sino que era ella, la tía Estrella, y el lugar en el que estaba no era el paraíso que yo creía, sino un establo en Gaddèfuri, sobre la ladera, sin luz ni nada, que cuando se hacía de noche solo oías a los lobos. Eso me dijo mi tía Estrella, de repente, que por poco no me muero del susto, que lo podía haber dicho poco a poco, podía haber hecho que me acostumbrara a la situación poco a poco... Pero era el único sitio al que me pudo llevar, porque su marido no quiso que me quedara en casa, y estaba siempre echándole en cara “¿Qué quieres hacer? ¿Por qué tienes que meterte en medio?”. Entonces la abracé, más contenta que en mi vida, porque ella, la tía Estrella, para mí, era como un ángel en la tierra, que la quería yo muchísimo a la tía Estrella, a mi querida tía que se llamaba Estrella como las estrellas que están en el cielo.

Luego, la tía Estrella me lo contó todo. Me contó que desde que se hizo la oscuridad, ella había estado siempre conmigo, no me había dejado ni un momento, desde que se hacía de día hasta que se hacía de noche. Por la mañana se presentaba en el hospital y me lo hacía todo todo todo, que yo no podía hacer nada nada nada, no me podía esforzar nada nada nada.

Y después de tres meses en el hospital, la tía Estrella me llevó al establo, que su marido no había querido que me quedara con ellos en la casa, que le decía siempre: “¿Qué quieres hacer? ¿Por qué tienes que meterte en medio?”. Y para evitar historias, la tía Estrella me llevó al establo. Por la mañana se presentaba en el establo y me lo hacía todo todo todo porque yo no podía hacer nada nada nada, no podía esforzarme nada nada nada. Ella lo preparaba todo en casa y después venía aquí. Y me traía muchas cosas de comer. Sabía el tipo de pasta que me gustaba y cuando podía me lo hacía. Y me lo hacía a menudo la pobre, está claro que lo hacía como podía, lo hacía como Dios quería. Así, a veces hacía pasta con ajo y aceite, otra con habas, pocas veces con carne, lo hacía como podía la pobre, que tampoco era normal toda la pasta que yo quería comer, que la quería porque estaba embarazada y así llegó el noveno mes de embarazo.

Y como estaba en el establo, di a luz en el establo, porque ahí había paja, había heno, había de todo. Y la tía Estrella trajo hasta la partera. Y para no estar solas solas, cuatro gatos para hacernos compañía, la tía Estrella trajo hasta un cerdo gordo gordo y un perro de caza delgado como un espárrago. A través de la puerta veía un cielo luminoso que parecía que lo hubieran encendido de tanta luz que había esa noche. Parecían tan cercanas, la luna, las estrellas, que parecía que quisieran ver de cerca lo que estaba pasando. De repente, el perro de caza me mira

como cuando ve un pájaro y espera tenso tenso el disparo del cazador. Y de repente un cuchillo en mi vientre, un cuchillo afilado corta toda mi persona. ¿Quién ha entrado a traición y me ha dado una puñalada en el vientre? Si el destino se ensañara de nuevo conmigo, esta vez espero que termine el trabajo.

La partera aparta rápidamente la sábana, se dobla, me toca aquí en medio, me toca, me toca hasta que se pone de pie con una cosita en las manos que grita. Es muy pequeño mi hijo, es muy pequeño con la luz de la noche, ¿cómo se puede defender tan pequeño con todos los lobos que hay ahí fuera?

“Está bien, Pasqualina”, dice la partera, “está sano como un ... ¿Cómo quieres llamarlo?”.

¿Cómo quería llamarlo yo? que me sentía como Dios había querido.

“Dinos el nombre, Pasqualina”, insistía la partera, “dinos el nombre, el primero que te venga a la cabeza”.

“Pues si tengo que decir un nombre”, dije yo, “me viene... Saverio”, dije, “Saverio, como aquel buen chico, el del tío Ignazio que se fue a Alemania y ha hecho fortuna”.

“Entonces lo llamaremos Saverio”, dijo la partera, “Saverio, como aquel buen chico del tío Ignazio que se fue a Alemania e hizo fortuna”.

Pero me sentía tan aturdida, por los dolores que me comían las carnes, que me parecía todo un sueño... No sabía si estaba despierta o si estaba dormida, no sabía si realmente estaba viendo a Saverio o si lo veía en sueños. Incluso al cerdo más gordo que gordo, no sabía si lo veía de verdad o si a él también lo veía en sueños, porque el cerdo parecía que le estaba hablando a mi Saverio y, a la vez, mi Saverio parecía que le estaba escuchando. A saber qué le quería decir aquel cerdo a mi hijo al verlo tan deteriorado, que parecía que estaba más preocupado que un ser humano. Parecía decirle: “De ti me preocupo yo, me preocupo yo de darte de comer. Me ocupo yo, por muchas veces que me necesites. Y si yo solo no soy capaz, está mi hijo, que nosotros somos una familia de siete generaciones, ¿sabes? Somos tantos que no importa si un año muere uno y al siguiente muere otro, como nos sucede a nosotros en estos tiempos”. “Y luego, cada uno tiene sus propias desgracias”, decía el cerdo, “y nosotros tenemos esta desgracia de morir todos los años siempre en el mismo periodo. Y yo se lo digo siempre a mis hijos: estos días desgraciados, entre diciembre y enero, no salgáis de casa, quedaos en casa encerrados, no salgáis fuera por ninguna razón. Pero, en realidad, el año que se quedaron en casa encerrados, murieron también encerrados en casa, o quizás murieron justo porque se quedaron encerrados en casa, ¿tú lo sabes?” Que luego, decía siempre el cerdo, “es bastante curioso que muramos siempre en el mismo periodo del año, es curioso el hecho de que muramos justo en el periodo de Navidad cuando nace Jesús, ¿no es curioso lo de que él nazca y nosotros muramos? Oye ¿cómo es que ahora has nacido tú? Que has nacido el mismo día que nació Jesús, que es justo el mismo día este, igual igual. Y justo en el mismo establo, que es igual este establo, igualito igualito”.

Y yo se lo decía esto siempre a la gente “¿Vosotros sabéis lo de mi hijo?”, les decía, “¿Vosotros sabéis lo de mi hijo, mi Saverio, nació el mismo día que Jesús, justo el mismo día ¿eh?, igualito igualito. Porque mi Saverio no nació un día cualquiera, un día como todos los demás, mi Saverio nació el mismo día que Jesús, el santo más importante que existe. Que con todo el respeto hacia San Egidio, San Antonio... que ellos también son santos importantes, santos muy muy importantes, pero nunca como Jesús que nació el mismo día que mi Saverio”. Y este es mi Saverio y este es su nacimiento.

Que ahora mi Saverio se ha hecho mayor, se ha convertido en un joven alto alto alto, que me cuesta hasta mirarlo de lo alto que es, que desde entonces yo me quedé con la cabeza agachada, desde aquel momento en el que me desmayé delante de la fuente, desde entonces yo me quedé

con la barbilla pegada al pecho. Que luego dicen que no es verdad que el destino lo decide todo y el mío ha sido el de caminar con la cabeza agachada para contar las piedras del suelo.

Traducción de María Antonia Blat Mir